

## Cuatro poemas sobre el destino

I  
*A* aquello que otros llaman astros  
(astillas del fuego inmemorial  
o enormes frutos de un extraño  
sueño de mil eras)  
yo le doy el nombre de ataduras;

*pende sobre mí la cuerda y la navaja  
que muchos dirán casualidad o apenas  
(en una frase que a fuerza de repetición  
perdió su fuerza)  
simple y llana «mala suerte».*

*En el fondo, sin embargo,  
en lo íntimo de sí,  
cada uno ha sentido  
los garfios herrumbrosos  
que descienden  
de un terrible cielo  
buscando nuestra espalda.*

*Y una vez que nos enganchan,  
que nos guindan y hacen oscilar  
en la enorme galería de carnicero  
que llamamos mundo,  
queda tal vez preguntarnos  
si no es ocio o fantasía pueril  
siquiera levantar el índice  
y apuntarlo al horizonte  
como si estuviese en nosotros  
alcanzarlo.*

II

*H*ay dos espadas que nos atraviesan  
irremediabilmente:  
son el padre y el tiempo.  
De la profundidad de las heridas,  
es decir, del tamaño  
del dolor que nos provoca el vacío,  
se derrama el temor  
a la muerte y a una vida solos:

*hablamos de orfandad, en todo caso;  
hablamos de calvicie,  
de paño, arrugas, senos vencidos  
de tanto ir a la boca o al deseo  
que no pudo encontrar destinatario.*

*Hablamos de mirar en cada cosa  
no una cosa en sí misma,  
sino la bofetada de un espejo;  
la llama de un oráculo  
que da las coordenadas y la hora:  
esto que no soy yo,  
que me cerca y define  
en una dolorosa ecografía.*

*Solo es consciente quien se sabe solo  
estando acompañado;  
quien encuentra aberrante la semilla  
y el aliento (el nombre)  
que le trajo del sueño de la nada  
a la hoz incansable de la duda.*

*¿Quién germina soñando con la siega?  
¿Quién entiende que el padre,  
vehemente labrador,  
también es el que porta la guadaña?*

### III

*Mi suerte fue jugada  
en un tiro de dados y una copa  
hace más de diez siglos  
(la cifra es solo un símbolo:  
mi forma de nombrar lo innumerable).*

*Pudo ser un encuentro accidental,  
la huida de una peste o de una guerra,  
la oración angustiosa de la estéril  
que recibió el milagro  
o el joven distraído  
que dobló por la calle equivocada:*

*fue la exacta medida del azar,  
la suma inalterable  
de choznos y temores y deseos  
y de equivocaciones  
previstas en el libro de las eras.*

*Lo cierto es que las fibras de esa red,  
tal vez inverosímil,  
hilvanaron los hilos de mi carne  
en la rueda afanosa del Destino;  
del Tiempo innumerable.*

*Lo cierto es que mi ruta está trazada  
y que mi libertad  
no es otra cosa que ignorancia.*

*Una lámpara y un jarrón deforme  
o acaso el último de los caballos  
o un nogal y una mujer y un hombre  
que todavía no existen  
aguardan desde ahora en un futuro  
taller de alfarería y un establo  
y una ciudad incierta*

*esta arcilla que ahora me reúne  
y que luego habrá de conformarlos.  
Su suerte, desde ahora  
—desde hace más de veinte siglos—  
está echada.*

#### IV

*E*l hecho es que hay dos puntos predeterminados:  
las marcas de inicio y de llegada de las rutas  
que nos toca en suerte caminar;  
mas las rutas en sí mismas,  
los tiempos, las posibilidades,  
el azar que delimita (y entretiene)  
a eso que entendemos necesario,  
se forja en una música distinta.

*No es forzoso, por ejemplo,  
que las hojas de este platanar  
fragüen con la lluvia un canto de tambores;  
pero cantan:  
rompen el registro opaco de la tarde  
dando al vértigo el milagro de la voz,  
aunque es inútil  
(también es un azar  
que me refugie en este árbol).*

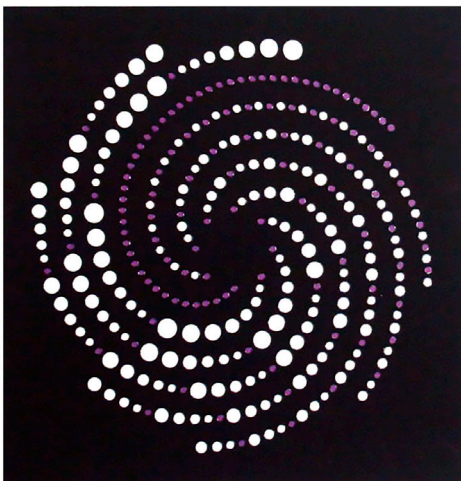
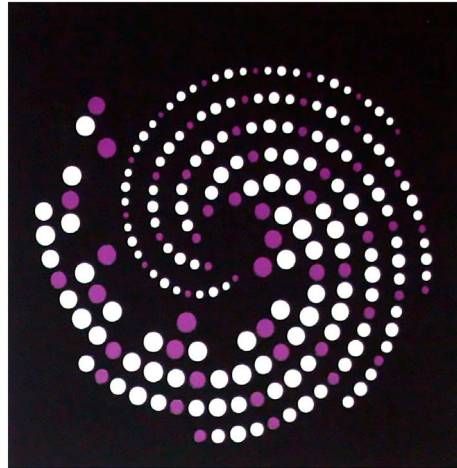
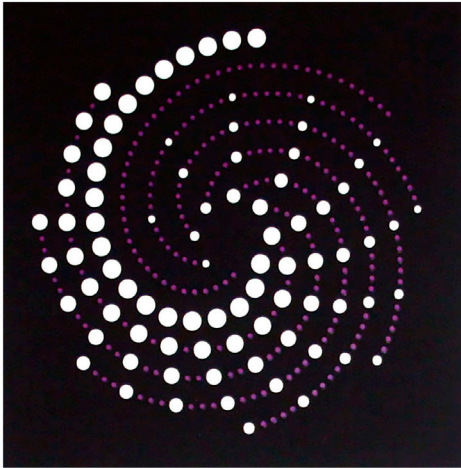
*Otro es su ciclo y su trabajo,  
otro su destino y partitura;  
pero canta*

*y me hace a mí cantar  
y preguntarme  
si es tal vez el accidente  
(de sus percusiones)*

*una de las llaves necesarias  
para dar el fruto que me toca dar.*

*¿Qué o quién mueve las cuerdas?  
¿Quién el mago de esta sinfonía  
prescindible en el destino atómico del universo?*

*¿Quién va haciéndonos vibrar en armonía,  
como aquel que distraídamente  
va silbando cualquier cosa,  
mientras anda el mismo su sendero,  
su ruta inexorable –aunque Dios–  
hacia la nada? **C***



FERNANDO GONZÁLEZ GORTÁZAR.  
*Remolino II*, 1981.  
Serigrafía, 430 mm x 430 mm,  
ed. HC